

DOCUMENTOS
E
INFORMACIONES

EDUCACION Y POLITICA

José Abdulio Cordero

Tomando el término en su aceptación clásica, científica, la política es la ciencia y el arte de atender los asuntos de la *polis*, de la Ciudad-Estado, de la República. El hombre, definido por Aristóteles como "animal político", tiene una disposición natural hacia la vida en común. La organización de esta vida en común y su garantía corresponde al quehacer político, fundamental y primero entre todos aquellos de la vida social. En este orden la política demanda, de los ciudadanos, hasta ahora sólo de algunos, aunque sean muchos, el mejor conocimiento de su objeto, una formación adecuada para el ejercicio del gobierno, para el desempeño difícil de la autoridad y un grado de sensatez ineludible para interpretar el fenómeno social y orientarlo hacia formas superiores de su desarrollo; la responsabilidad de los ciudadanos prominentes en las complicadas tareas de la política es tal que determina el rumbo ulterior de la nación. Los políticos van amasando cada día, con sus decisiones y los métodos elegidos para cumplirlas, el alma de la nacionalidad. Pueden abonar sus raíces o erosionarlas; pueden determinar el curso evolutivo "revolutivo o involutivo" de su sociedad. No hay conductas neutras. Avanzan siempre con su "nave" en alguno de los sentidos que comprende la rosa de los vientos ideológico-políticos en cada momento de la historia.

Entre los modos de la vida política, por razones históricamente explicables, Costa Rica eligió la democracia. Encaminó segura sus pasos hacia la

república y alcanzó un perfil de distinción clarísimo entre las naciones democráticas de América y del mundo. Nuestros políticos iniciados de la primera década independiente intuyeron el destino de la patria.

En lo sucesivo la nación ha crecido, ha vivido pasajes de tragedia y heroísmo, pasajes de laxitud y serenidad y trechos de acción evolutiva un tanto acelerada.

La política nacional registra el desenvolvimiento económico, el incremento demográfico, la lucha ingente librada en el campo de la salud pública y el proceso inexorable de la educación. El Dr. Castro Madriz creyó certeramente que su misión política estaba primero en disponer lo propio para la educación de los costarricenses y de sus dirigentes y después en emitir el decreto de la República Soberana. Para él la educación fue el primer valor de la política. Pensó y actuó, en este importante asunto, como lo establece Platón en *Las Leyes*. Las leyes devendrían superfluas al influjo de una acción educativa perfecta, base fundamental de su Estado.

Los gobernantes costarricenses hicieron profesión de fe, de esa fe apasionada en la educación. Dedicaron a esta importante faceta de la vida social la preocupación más intensa. De allí mismo deriva la juricidad característica del ser nacional costarricense. Puede que en los días actuales, henchidos hasta sus tuétanos del "cambio" y acicatea-

dos por una inseguridad abismal del futuro, estén haciendo vibrar las columnas del edificio social. Es cuando al quehacer político, le atañe examinar de nuevo la estructura, usar la plomada y el nivel, cerciorarse de la solidez que mantiene y corregir las fallas que la puedan haber debilitado.

Es obvio que en Costa Rica la educación es el ingrediente principal de nuestra idiosincrasia. El cuerpo nacional ha crecido bajo la tutela educativa. Juan Mora Fernández, José Francisco Osejo, José María Castro, Jesús Jiménez, Julián Volio, Mauro Fernández, Cleto González Víquez, fueron políticos y maestros. Sintieron la palpación genuina del alma nacional. Por ello el Dr. Castro manifiesta que el Presidente de la República es el primer maestro de los costarricenses. Con ello reconocía como función política fundamental de la educación del pueblo. El Dr. Castro hizo buen honor a esta formulación.

Educación y Familia

La Sociedad costarricense, dados su origen y su historia, se levanta sobre los cimientos de la familia. Su institucionalidad eligió la senda política signada por principios esenciales del cristianismo, mantenidos aun con firmeza durante la etapa de adversidad que vivió aquí esta doctrina en las décadas últimas del siglo XIX. En el *Código Social de Malinas* -1920- que incorpora los grandes principios del Evangelio, en el párrafo introductorio del capítulo 1º, establece: "Siendo, como es la familia *la fuente de donde recibimos la vida*, la primera escuela donde aprendemos a pensar, el primer templo donde aprendemos a orar, *hay que combatir todo lo que destruye o la quebranta, hay que alabar y estimular cuanto favorece su unidad, su estabilidad y su fecundidad*". Y en el artículo II, 1º de este capítulo, se declara: "La familia, institución directamente emanada de la Naturaleza . . ."¹. "La fuente de donde recibimos la vida", la familia, "institución directamente emanada de la Naturaleza", es hoy sector capital de la problemática educativa. Si la familia es la causa natural del individuo y el medio en que se inaugura el proceso ineluctable de la personalidad, antes de los primeros contactos con la escuela y el aprendizaje formal y sistemático, se infiere, con carácter de imperativo categórico, que "hay que combatir todo lo que la destruye o la quebranta, hay que alabar y estimu-

lar cuanto favorece su unidad, su estabilidad y su fecundidad".

Ahora bien: los recursos para cumplir esta sentencia tan enraizada en la nacionalidad costarricense varían según la imaginación política educativa de quienes dirigen, en cada turno histórico, los asuntos del país. Uno de ellos, actualmente muy recorrido, está basado en los principios de la "educación permanente"; estos principios señalan la urgencia de educar no sólo a los niños y a los adolescentes, no sólo a quienes puedan concurrir a la escuela; no sólo a la población concentrada en los núcleos demográficos compactos, urbanos y rurales; no sólo al hombre en una determinada de sus edades. Tal enfoque habilita la mentalidad del hombre a todo lo largo de su existencia como fecunda ante los estímulos de la educación, aptos todos los medios de la relación humana, de la comunicación interpersonal, intergrupala y a la comunicación de masas. Han removido la pátina con que la historia del pensamiento docente había recubierto el optimismo innegable del idealismo educativo.

El hombre se educa mientras vive; es más, el vivir humano, si lo es de veras, si no se convierte en simple vegetar, consiste en proceso de formación irreversible. La conciencia de este fenómeno ductiliza la personalidad, neutraliza y diluye sus fijaciones y prolonga, aunque ya cauteloso, el espíritu de la juventud emprendedora y optimista.

En función de esta doctrina excelente, los esfuerzos educativos no van ya sólo destinados al niño o al joven; van a la comunidad y muy preferentemente, al contexto social nuclear; a la familia, al hogar, a los adultos que lo constituyen y determinan su fisonomía.

Claro que se puede llegar de un sitio a otro por un camino recto, también por otro en línea parabólica. La acción educativa llega, desde la escuela, si es buena, hasta la constelación familiar por medio del educando que asiste a las lecciones en el aula. Pero su eficiencia suele ser muy tardía y en muchos casos nula. Es necesario que los estímulos se dirijan en forma directa a los demás miembros de la familia. La escuela, formalmente concebida, resulta insuficiente para lograr objetivos que en buena parte escapan a sus posibilidades.

La educación de la familia, de sí tan compleja, es objeto primario de la "educación permanente"

En Costa Rica no puede afirmarse que se ha iniciado. El sistema escolar vigente para adultos parecía empeñado en contradecir los principios de la "educación permanente". Cuando algún miembro de la familia recibe su beneficio suele ser a costa de otros valores que salen maltrechos en el esfuerzo del individuo por vencer los obstáculos sistematizados que se le han puesto. Quienes llevan la parte son las mujeres con responsabilidad hogareña. En sus hijos menores revierten los saldos negativos de esa empresa.

Una política educativa de proyección duradera, sin las ataduras a un cuatrienio administrativo y a un partido político en lucha por su continuidad ante la incertidumbre de su suerte próxima, podría iniciar la tarea, tan urgente como titánica, de enmendar gruesas fallas, precisamente oriundas del partidismo político.

Si hubiera la oportunidad ideal de liberar la empresa costarricense educativa, no sin pena por cierto, del interés parcelario de los partidos, se la elevaría de nuevo rango de valor nacional en ascenso continuo. Los partidos pugnarían entonces por brindar al máximo su apoyo, limpio eso sí, de intereses electorales. Los directores de la política educativa estarían en toda la posibilidad de revisar las rutas, ratificar aciertos y rectificar errores, seguros de que su obra, si vale, va destinada a la consolidación y de que, en manera alguna será minada por oportunismos ni revanchas de los partidos. Convienne, sin embargo, advertir que esta liberación no implica restricción alguna del valor político que tiene la educación. Más bien con ello la educación, como quehacer político, afirmaría su propia entidad. Ganaría el país. No se darían esos forcejeos tan frecuentes entre los grupos políticos o politizados que confunden los altos valores educativos, eminentemente humanos, espirituales, con otros de nivel inferior, aunque estos no dejen por ello de ser cultivables y cultivados. Cada valor tomaría su propio rango en la acciología del país. En punto a la educación, equivaldría a remojar su cuerpo en la fuente límpida y fresca de las generaciones proceras costarricenses: como lo fueron otros menesteres públicos, la educación se nutrió del honor de quienes le servían; la mística docente irrumpió del sacrificio, nunca del beneficio personal que ni siquiera podría imaginarse, como lo dice el historia-

dor Lic. Cleto González Víquez refiriéndose a los gobernantes de aquella etapa nacional prodigiosa.

Cabe señalar otra preocupación concomitante al quehacer educativo: la nutrición. En verdad al hombre se le debe formar integralmente. La nutrición es tan fundamental que incluso está sobre la educación, si se toman ambos aspectos vitales en orden de precedencia. Parodiando a San Pablo, diría que hombre con hambre no aprende. En otros tiempos, contra lo que algunos estudiosos han afirmado, el costarricense no padecía hambre. El campesino, valga decir, el pueblo de Costa Rica, no tenía carreteras, ni automóviles, ni receptores de radio, ni de televisión. Muy raras veces comía pan o productos enlatados ni productos pasteurizados. Se movilizaba por caminos de tierra endurecida durante la estación seca y entre lodazales durante los meses lluviosos. No salía a los mercados sino muy ocasionalmente, casi cada "muerte de obispo". Su atuendo era sencillo, extremadamente sencillo. Pero no padecía hambre. Generalmente tenía un solar donde cultivaba chayotes, frijoles, maíz, papas, arbejas y demás productos del tiempo y de la zona. Tenía su cerdo, su vaca, su "bestia"² y hasta una yunta de bueyes. Un tiempo trabajaba en lo "propio"³ y el resto lo hacía en las fincas de la vecindad. Era propietario y peón, características de la sociedad agraria que llegó en Costa Rica hasta los años medios del siglo XX. Cuando la vaca estaba "suelta"⁴, los vecinos le proveían de la leche, en un régimen de vecindad fraterna. El fruto de las sementeras era fundamentalmente para el alimento de todos. La situación empezó a cambiar con la política del mercado, con el progreso que hizo posible la obra de infraestructura, carreteras, puentes, comerciantes movilizándose hasta los mismos campos de la cosecha, los camiones distribuyendo toneles cilíndricos de aluminio en que los campesinos vacían hasta la última gota de lecha que ya no beben; la compran luego "pasteurizada", en cajitas muy bonitas convertida en helados, natilla, etc, a precio de sacrificio. Igual ocurre con los productos de la tierra. Además, se da el fenómeno de inmigración masiva del campo a la ciudad, efecto de los mismos mecanismos políticos sociales inherentes en parte "al desarrollo", al progreso. El incremento de la industria, zonas fabriles que surgen de la competencia desigual entre los países del área centroamericana, han obrado el indeseado fenómeno

social a que asistimos hoy; la desruralización del costarricense que ingresa en la etapa de proletarización masiva; el movimiento social que ha surgido artificialmente como efecto de un pensamiento político y la programación de gobierno en un lapso que ha dejado ya indeleble su huella. Costa Rica modifica así su fisonomía nacional. Quiera Dios que no trueque con todo ello su identidad.

He señalado algunos hilos causales del estado social de nuestros días aunque solo aquellos inter-nos generados por la iniciativa de gobernantes y legisladores. Lo que se palpa es una realidad que rechaza cualquier género de duda: la familia costarricense ha pasado de su modo sedentarismo a una vida trashumante y desarraigada. Ha sido arrastrada por la corriente vertiginosa del consumo, en abierto contraste con las limitaciones de su renta salarial. La necesidad así generada también ha obligado al trabajo de la madre del padre y de los hijos durante jornadas en turnos pocas veces coincidentes. El hogar ha venido apagándose; el calor aglutinante, fontana de sentimientos perdurables, sólo llega muy de cuando en cuando y en muchos casos nunca. Los miembros menores de la familia, los niños y los adolescentes, deben hacerse una vida de indiferencia, de frialdad. La mística de la familia se desvanece y sus efectos adquieren las más diversas formas de desajuste psíquico, del comportamiento insatisfactorio y, lamentablemente, de la rebeldía mórbida, resentimiento social.

(1) La educación es, por naturaleza, un factor preventivo de males psíquicos de la persona y de la sociedad, al contribuir de modo eminente a la salud integral. Por ello actualmente debe destinar, sin el mínimo de recursos, parte de sus energías más bien a la terapia, valga decir, a un intento de acción insuficiente. Pero estos problemas en un país de apenas dos millones de habitantes aún pueden afrontarse en buen suceso. Basta percatarse de la situación, de su causa y del ritmo que lleva hacia el futuro. Basta estudiar con mucha serenidad y profundidad los efectos que dará el recurso elegido para atenuar o resolver el problema. Porque si es cierto que todos en el pasado inmediato han querido actuar en beneficio de la familia y del país. También lo es que la concepción de objetivos resultó nebulosa y la escogencia de medios aceleró los efectos que sin duda quisieron con sana inten-

ción evitar. La historia es una experiencia que los pueblos deben aprovechar para adelantarse al futuro, armados de intuición certera; así pueden conjurar males a veces no sospechados. Costa Rica lo hizo con maestría al nacer como pueblo independiente. Si aprovecha la lección, mantendrá su futuro al margen de la tragedia humana que viven los pueblos hermanos de América Central. Si no, hará la ceremonia de su incorporación a ella; y aunque tardía y absolutamente injustificable, no sería menos congojosa.

A grandes males, malos remedios

Con respecto a la familia, tan maltrecha como señalé más arriba, y a su contexto social, se han cometido errores que pueden tener consecuencias graves. Me proponga señalar apenas uno de ellos.

Con la buena intención de atender a la nutrición de los niños, se establecieron los servicios de comedores escolares y centros de nutrición en los barrios y pueblos del país. La empresa consume un presupuesto voluminoso que procede del fondo de "asignaciones familiares". Los centros educativos duplicaron entonces funciones: alimentar y educar. Cada una de ellas, por sí, demanda formación y dedicación exquisitas, so pena de obtener resultados desastrosos. Los comedores escolares ampliaron en el país la población burocrática y complicaron las relaciones laborales y educativas. Pronto se originaría una nueva y portentosa fuente de disconformidad gremial y el Gobierno-Patrono estaría en una picota finamente labrada por él mismo. El plazo fue apenas apreciable. Las universidades, el I.N.A., el Instituto Tecnológico de Costa Rica o una institución nueva, tendrían que tomar la tarea de formar un personal apto para prestar un servicio de nutrición y educación suigéneris. Se ha creado una situación; lo crítico estriba en afrontarla.

El problema comentado a la ligera, instituido artificialmente para satisfacer necesidades urgentes de la familia, la escasez de recursos, es apenas superficial y gravita en la epidermis conductual de los gremios. Hay, no obstante, otro corolario, mucho más serio y de aparición remota. Se trata de que a estos comedores y centros de nutrición lleguen los niños o las madres lactantes. De ahí salen con una necesidad vital satisfecha.

La institución siente que está llenando una función importantísima y el Gobierno se ufana de estar luchando así contra la desnutrición, al punto

que ahuyenta el analfabetismo. Se ha dado la urgencia de extender este servicio a todos los rincones del territorio poblado del país. Es una obra de bien, de costo descomunal. El estado alimenta a los niños y a las madres. Con esto se ataca, por un lado, la desnutrición del infante y, por otro, se está previniendo la insuficiencia alimenticia al recién nacido. Hasta aquí todo es plausible.

No se ha favorecido, sin embargo, integralmente a la familia. El niño al que se alimenta en estos centros, o la madre, pertenecen a un hogar sin recursos. De otro modo el servicio se desvirtuaría; entonces se estaría promoviendo un tipo de persona sin ese orgullo necesario para una vida decorosa, una especie nueva de parasitismo social que cuelga su existencia de la frondosidad del Estado. Por otra parte, si se da la necesidad requerida en el beneficiario, el problema, brota de una más delicada hondura familiar.

Toda la familia está menesterosa. Uno de sus miembros se dirige al centro de nutrición y regresa al hogar con su necesidad satisfecha. Si es la madre, la embargará el dolor cuando la rodean sus otros hijos famélicos. Si es el niño, puede ocurrir a la larga uno de dos efectos: a) Sufrir la misma experiencia lacerante que nulificaría el servicio recibido. b) Habitarse a una satisfacción individual sin afectar en lo mínimo el problema de su prójimo, de su propio hermano.

Sería una estimulación del egoísmo que disocia y destruye primero el vínculo de la familia y más tarde los vínculos normales de la sociedad. A esto puede contestarse que, si todos los niños del hogar necesitan alimentarse, serán llevados al centro de nutrición. Que es fácil hacerlo en los comedores escolares ni siquiera pide explicación. En la concepción de tales procedimientos no hay cómo salir bien librado. Se deja de lado, en cualquier caso, el valor educativo, en un afán candoroso de calmar el hambre y prevenir la desnutrición. Pero esa des-

nutrición sufre una metamorfosis involuntariamente planificada; se produce un mal mayor en el alma del niño, del hombre que se desarrolla.

Hasta se recusaría el argumento precedente advirtiendo que la familia entera (los menores) pueden concurrir a la mesa común en la sala de la localidad. En buena política educativa, esto no puede tener lugar. Es necesario advertir con vehemencia que el hogar no se sustituye. La hora de la comida es oportunidad de reunión familiar. Si en un hogar no hay comida y se le desea proveer, llévese allá. En la mesa, la más rústica, se da la comunión de los hijos y los padres. Es la lección fecunda donde se aprende el amor y la solidaridad en la comunicación recíproca de quienes viven en la misma circunstancia y aprenden unos a consentir el problema de los otros, de los más próximos, de los hermanos y de los padres. Es el momento por excelencia educativo de la familia, momento que debe propiciarse, no destruirse. Es la herencia que legó la sociedad agraria costarricense, malograda por obra de la civilización desarrollista y proletarizante que celebramos con lamentable júbilo. La mesa del hogar viene a ser "la escuela del amor, de la benevolencia, de la caridad, en una palabra, el trato consigo mismo y con los demás" . . .⁵ Aplicada la sentencia del filósofo citado al tema y circunstancias que nos ocupan, diríase que, "a fuerza de "beneficiar" la realidad inmediata" de la familia, se "la escamotea, mutila oscurece y extermina"⁶ con estos procedimientos adoptados. Habiendo llegado a este punto en torno a la educación y a la familia, volvamos al Código de Malinas: "hay que combatir todo lo que la destruye o la quebranta, hay que alabar y estimular cuanto favorece su unidad." Mediten los directores de la política en cuestión. Es tiempo de revisar objetivos y ajustar procedimientos, máxime si hay financiamiento como es la verdad. Búsquense fórmulas que permitan obrar el bien social sin contraindicaciones peligrosas. Podrían incluso ser aplicadas mucho más racionalizada y eficazmente.

NOTAS

1 Malavassi Vargas Guillermo, *Los principios Cristianos de Justicia Social y la realidad histórica de Costa Rica*; Trejos Hermanos. S.A. San José 1979.
El Caballo
Su Predio

4 Que ya no daba leche y había que dejarla en el potrero o en la calle y llevarla de nuevo a donde el toro.
5 Vincenzi, Moisés, *Humanismo y Barbarie*. Trejos Hnos. San José, Costa Rica 1963 p.43
6 Idem. P.7.